

Belgrado
León Trotsky
4 de octubre de 1912

(Versión al castellano desde “Belgrade”, en L. Trotsky, *Les guerres balkaniques. 1912-1913*, Éditions science marxiste, París, 2002, páginas 77-79. Publicado *Den*¹, número 3, 4 de octubre de 1912.)

Nuestros billetes son válidos hasta Belgrado, pero el tren se detiene antes del puente ferroviario que une Hungría y Serbia y se vacía en Semlin [Zemun]. A bordo del vapor serbio *Morava*, cruzamos el Danubio en su confluencia con el Sava. Desde la orilla de Semlin, Belgrado es claramente visible, separada sólo por una franja de agua de no más de versta y media de ancho. Parece estar al alcance de la mano. El *Konak* (el palacio real) y el *Skupština* (el parlamento) son visibles a simple vista. También están al alcance de los cañones de los Habsburgo. Es bien sabido que Belgrado representa el flanco abierto de Serbia.

Cuando aún estábamos en la orilla húngara del río, un hombre fornido vestido de paisano, escoltado por cuatro gendarmes croatas, apareció en el embarcadero del vapor para comprobar nuestros pasaportes.

- ¿Cuál es su profesión?
- Soy periodista.

Veo en sus ojos que no es la mejor profesión, sobre todo en estos tiempos. Pero dado que me resultaría difícil cambiar de profesión ahora mismo, en este embarcadero, y que tampoco aprecio la profesión de este robusto caballero vestido de paisano, sólo nos queda despedirnos en paz.

En las orillas serbias del Danubio y del Sava, los centinelas hacen su ronda. Llevan fusiles al hombro, trajes de campesinos, boinas de piel de cordero y *opanak* en los pies; tienen entre cuarenta y cinco y cincuenta y cinco años. Forman parte de la milicia territorial. La visión de estos viejos campesinos arrancados de sus granjas, con las bayonetas apuntando por encima de las boinas, despierta inmediatamente sentimientos de preocupación y miedo. Vuelven a la mente las últimas impresiones del otro lado: el funcionario del banco con la raya del pelo bien marcada y un anillo de piedra negra en el dedo meñique; el funcionario húngaro con las uñas cuidadas; los manteles blancos del vagón comedor, los palillos envueltos en papel de arroz y el chocolate *Milka* sobre las mesas. En esta orilla, en cambio, somos ineludiblemente conscientes de la gravedad de lo que está a punto de suceder en los Balcanes, y de lo que ya ha comenzado en la parte más remota de esta península.

La última vez que estuve en Belgrado fue hace dos años y medio, cuando el maremoto de la crisis de la anexión [de Bosnia-Herzegovina] estaba retrocediendo. Por aquel entonces, Belgrado me parecía una ciudad mediana de una provincia rusa, salvo que, en lugar de la sede del distrito militar y la residencia del gobernador, estaban el ministerio de guerra y el palacio real, o mejor dicho, había dos palacios. Uno, el más antiguo, donde fue asesinado el rey Alejandro y el otro, el más nuevo, donde vivía el rey Pedro. En los treinta meses transcurridos desde entonces, Belgrado ha crecido, se ha limpiado y embellecido. Hay nuevos edificios y tiendas, y las calles principales empiezan a estar pavimentadas con madera. Sin embargo, hay una atmósfera particular en esta ciudad, una especie de estado de alerta como en un campamento militar. Todo y todos están sometidos a las exigencias de la movilización. Los coches de caballos y los automóviles se utilizan casi exclusivamente para este fin. Los hombres movilizados o a

punto de serlo pululan por las calles. Las tiendas están vacías, no se ve un solo cliente y el número de dependientes se reduce al mínimo.

Aparte del sector relacionado con las inminentes obligaciones militares, la industria está estancada. Hay escasez de mano de obra. Una azucarera de Belgrado tuvo que llamar a una veintena de trabajadores forestales para no detener la producción, mientras que otra, en Cuprija, recibió autorización del gobierno para emplear a presos. En la Avenida del Príncipe Michel, principal arteria de la ciudad, se han suspendido las obras de modernización. Buena parte de las vías del tranvía han sido arrancadas y en lugar de raíles sólo quedan agujeros; las traviesas, empapadas por la lluvia, yacen por todas partes. Un vehículo que pasa por delante del hotel Moskva, el mejor de Belgrado, se hunde en el barro hasta la mitad.

Numerosos pregoneros, viejos e inválidos, pero sobre todo jóvenes, circulan por la ciudad. Sus gritos son la nota dominante en las calles de Belgrado. ¡*Štampa!* ¡*Tribuna!* ¡*Balkan!* ¡*Pijemont!* ¡*Pijemont!* ¡*Štampa!* ¡*Svet!* ¡*Svet!* ¡*Novine!*² ¡*Novine!* ¡*Novine!*

En una papelería se exhibe un enorme cuadro de una batalla. Los serbios, vestidos de forma pintoresca y elegante sobre sus poderosos caballos, derriban una empalizada de estacas afiladas en la frontera e irrumpen en el imperio turco, arrasando y destrozando todo a su paso. Una multitud de reservistas se agolpa en torno al escaparate de una floristería que exhibe los últimos telegramas recibidos por el periódico *Mali Žurnal*³.

El cuartel general de los corresponsales de la prensa extranjera es el bar del Hotel Moskva. Mi querido colega, *Don-qui-blague*⁴ (que no se parece en nada a Don Quijote), bombín en la cabeza y maletín en la mano, va de mesa en mesa como un poseso, arrebatando los periódicos, con la tinta aún fresca, de las manos de sus colegas y arrebatando retazos de noticias como un perro cazando moscas al vuelo.

-¿Lo ha oído? Un oficial de la reserva, acusado de connivencia con Austria, fue tiroteado ayer.

Tres plumas estilográficas muerden frenéticamente las hojas de papel. Los corresponsales austriacos están deprimidos: los ministros no conceden entrevistas.

Prensa, Tribuna, Piamonte (recordando el papel del Estado piamontés en la unificación italiana),

El 18º Regimiento marcha en filas cerradas hacia la frontera. Los soldados llevan uniformes caqui, opanka y ramas verdes sujetas a sus boinas. Suena la trompeta y los tambores marcan el ritmo. No es fácil describir el aspecto de este regimiento. No muestran la arrogancia superficial habitual, sino más bien una trágica resignación ante el destino. Los opanka en sus pies y las ramas verdes en sus boinas, así como el resto del equipo sobre sus hombros, hacen que los soldados parezcan víctimas conducidas al sacrificio. Estas ramas verdes y estos opanka campesinos me hacen pensar, en este momento, más que en cualquier otra cosa, en el absurdo total de esta guerra.

Hace ya diez días que se interrumpieron las conexiones ferroviarias en el país: los trenes sólo transportan soldados y material militar. En lugar de ir hasta Sofía, el último *Orient Express*, que llegó el miércoles, dio media vuelta y se dirigió a Viena. Si Belgrado se parece a un campamento militar, la estación es su corazón. Aquí sólo reina la autoridad militar. No se permite la entrada a personas no autorizadas. Los fusiles se amontonan en la entrada. Carros sobrecargados están a punto de salir. Más de una docena de vehículos aparecen en la entrada; me acerco para echar un vistazo: transportan enormes bobinas de alambre de espino destinadas a la construcción de sólidas redes. Aquí tampoco son los reservistas los que montan guardia, sino la milicia territorial, campesinos de más de cuarenta y cinco años, con sus pantalones raídos y un fusil en la mano.

Serbia tiene menos de tres millones de habitantes. Según las últimas informaciones, se ha reclutado a un total de 300.000 hombres, es decir, una quinta parte

de la población masculina del país, incluidos ancianos decrepitos e infantes. El núcleo de la mano de obra serbia ha sido arrancado del corazón de la economía por tiempo indefinido. Aunque el sangriento cáliz de la guerra sólo rozará Serbia, pero no nos hagamos ilusiones, la movilización debilitará, durante años, los cimientos de la vida en este joven país tan desesperadamente necesitado de paz, trabajo y civilización.

¹ *Den'* (El día). Diario de la izquierda liberal. Publicado en San Petersburgo desde 1912 por I. D. Sytin. También colaboraban socialistas revolucionarios y mencheviques. A partir del 30 de mayo (12 de junio) de 1917 se convirtió en el órgano de los mencheviques. Fue suprimido en noviembre de 1917. Nota editor francés.

² *Prensa, Tribuna, Piamonte* (recordando el papel del estado piamontés en la unificación italiana), *El mundo, Noticias*. Nota editor francés.

³ *La pequeña gaceta*. Nota editor francés.

⁴ En francés en el original. Apodo aplicado por Trotsky. Nota editor francés. [Don que bromea].

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es